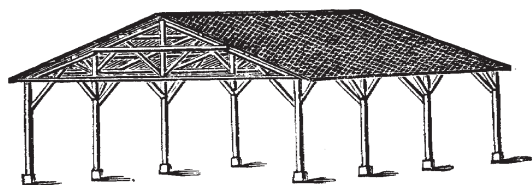


amplia que permita la conservación y la no alteración de los valores positivos de un espacio que, como decía García Blanco, «el día que salía de allí me conmoví, y de buena gana no hubiera abandonado aquella vida».

Para finalizar me gustaría señalar que el presente artículo pretender ser sólo una ligerísima aproximación al análisis de este espacio, por lo que es de esperar y de desear que alguna persona con vocación y dedicación sea capaz de desentrañarnos una de las realidades más particulares que tiene este municipio en relación con la tierra y con lo que ello ha supuesto a lo largo de la Historia, que no es poco.



POR LAS CALLES DE OSUNA

por
JOSÉ MANUEL RAMÍREZ OLID

Decía Heráclito que él no podía bañarse dos veces en el mismo río, porque el agua no era la misma y él tampoco. *Panta rhei*, todo cambia. Quizás pueda resultar exagerada la afirmación del filósofo griego, pero no cabe la menor duda que la vida es una constante mutación. Basta con dejar de ver a una persona determinado tiempo, para que apreciemos los cambios que se han producido en su aspecto físico. Lo mismo ocurre en el ámbito espiritual e intelectual. Las inquietudes de hoy no son las de ayer, ni los desvelos del pasado son los que nos ocupan el presente. Esta renovación permite la repetida contemplación de una obra de arte, de una ciudad, de un pueblo, de un edificio, y encontrar cada vez algo distinto, algo nuevo en el objeto observado.

Hoy deambulo por las calles de Osuna, sinuosas unas, quebradas otras, diseñadas de ambas formas sobre el plano urbano para cortar los vientos. No se detienen mis ojos esta vez en las rejas, ni en las molduras, ni en los dinteles, sino en lo que estuvo y no está, en lo que debería estar y no está.

Pueblo que hasta principios del siglo pasado tenía poblada sus calles de cruces y retablos, que en su mayoría hoy han desaparecido: las cruces de las plazas de Salitre, Esparteros, San Agustín y

Consolación; la cruz del Ministro, las dos de la Carrera, una frente a la calle S. Francisco y la otra frente al antiguo Pósito de la villa, las de las calles Labrador, Palomos y Caldereros. Retablos que ya no están, como los de Jesús Nazareno de la Plaza Mayor, de la calle San Francisco, de la Plaza de la Merced; el retablo de la Santísima Trinidad en el muro del convento de la Concepción; los de Nuestra Sra. de las Angustias de la Plaza de San Agustín y de la calle Alpechín, o el de Nuestra Sra. del Mayor Dolor en la calle Caldereros, sin olvidar el dedicado al Santísimo, envuelto en la leyenda, en la calle que le da nombre. Cuando las cosas desaparecen es porque han perdido su sentido, su utilidad. Porque no es solamente la religiosidad y la devoción lo que movía a la colocación de estos signos externos de la piedad popular; había un pragmatismo más cercano que el de la protección divina, como era el que la gente no hiciera las necesidades fisiológicas en las puertas de sus casas por respeto a la sagrada imagen que tenía delante, o para evitar un atraco o un asesinato escondiéndose en los recodos. Eran representaciones tanto para la devoción, como para la disuasión. Y ni por esas.



FOTO DEL AUTOR

Bajo por la calle Gordillo y me detengo ante la casa donde pasó sus últimos años Antonio M^a García Blanco, el hebraísta insigne, el liberal radical, el cristiano sincero sin hipocresías ni gazmoñerías, el intelectual independiente que tanto le hizo sufrir su independencia...; miro la fachada de su casa y no encuentro una lápida que recuerde su memoria.

Sigo por la calle Cristo y me encuentro con la casa de los antiguos consumos donde transcurrieron los primeros años de Pedro Garfias en Osuna, «[la casa] que vio deslizarse mi infancia, y sus paredes fueron testigos del primer gran dolor de mi vida», escribiría años después. De allí saldría el poeta marcado por el estigma de la soledad. Nada sobre sus muros recuerda su paso por la villa; como nada le muestra al viandante que en aquella misma casa se crió el escritor y periodista José López Pinillos *Parmeno*, como ya el propio Garfias pusiera de manifiesto en 1924, cuando pidió un recuerdo para el escritor olvidado, una lápida sencilla y modesta que perpetuara su memoria en la que dijera: «Aquí vivió Parmeno gran luchador/ combatió por la vida con el espíritu./ No importa si fue vencedor o vencido./ Esta ciudad ha querido honrarse, honrándole».

Tuerzo por la calle Sevilla y me detengo en la casa donde nacieron los hermanos Arjona, Manuel María, el intelectual ilustrado, el eximio poeta, y José Manuel, el asistente de Sevilla y corregidor de Madrid, para contemplar sus muros enmudecidos. Y en la misma calle un Conservatorio de Música que no tiene nombre. Se me viene el recuerdo de Pepe Romero, el pianista revolucionario tan enamorado de su pueblo, tan apasionado... Indomable. Ahí estuvo su grandeza. Quizá por eso siga el Conservatorio sin nombre.

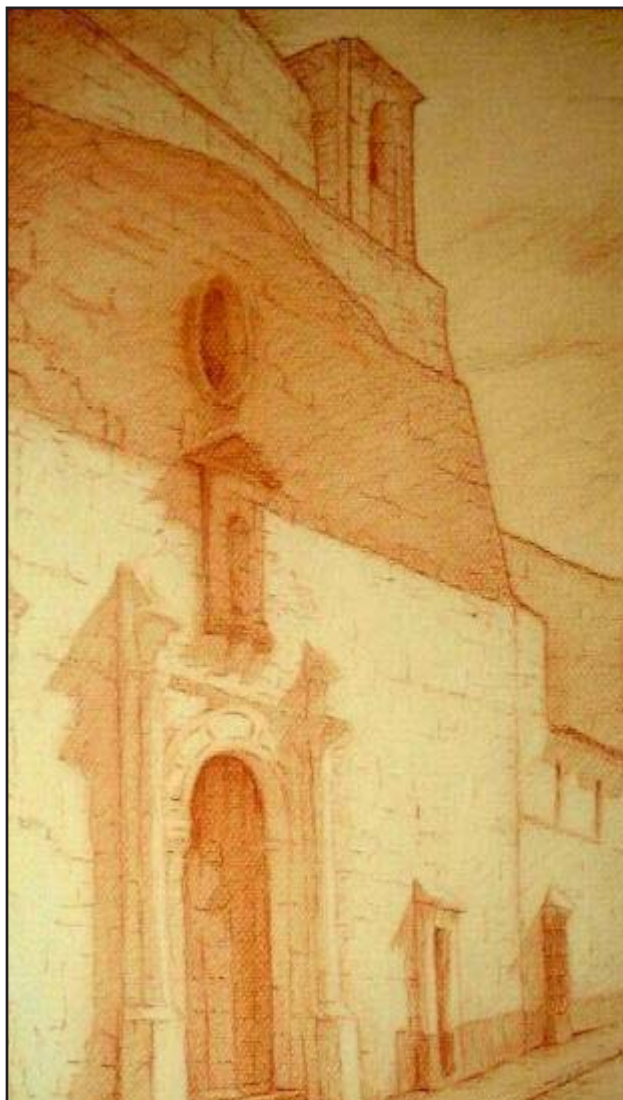
Llego a la Colegiata, el símbolo del pueblo, que rezuma la coquetería de lo inacabado. Pienso en cómo sería Osuna, cómo se divisaría su contorno si hubieran llevado a cabo la voladura controlada del edificio, o si, agotadas sus fuerzas, se hubiera venido abajo. Poco faltó para una cosa o para la otra. Pero si la Colegiata mantiene su acusado perfil, si continúa siendo el símbolo del pueblo es porque alguien detectó el mal que le afectaba, porque alguien vio lo que otros no habían visto y puso el remedio para evitar la catástrofe. Por eso echo de menos en la Colegiata, en el pueblo, un recuerdo a Rafael Manzano, el arquitecto que hizo posible su restauración y consolidación. Es una deuda pendiente desde 1976, y creo que ya va siendo hora de saldarla; porque..., seamos sinceros de una vez por todas: si la Colegiata está de pie es porque Rafael Manzano la cogió por los pelos. Honrémosle y nos honraremos, como diría Garfias.

PATRIMONIO

CONTINÚAN LAS OBRAS EN SAN AGUSTÍN

por
PATRICIO RODRÍGUEZ-BUZÓN CALLE

Después de dos años de intenso trabajo, el pasado 27 de junio, con la asistencia de autoridades provinciales y locales, se clausuró la Escuela Taller “Manuel Rodríguez-Buzón”, entidad promovida por nuestra Asociación con la finalidad de restaurar la Iglesia de San Agustín.



IGLESIA DE SAN AGUSTÍN.
SANGUINA DE CRISTÓBAL MARTÍN